

IDEOLOGISMO, HISTORICISMO, RELATIVISMO, OBJETIVIDAD Y CIENTIFICISMO

Rubén R. Zorrilla

El ideologismo, como posición epistemológica, ejerció una gran influencia, especialmente en las ciencias sociales (antropología, psicología y, sobre todo, sociología, entre otras). Aunque desvencijado por la caída estrepitosa de las experiencias socialistas, sobrevive, a veces larvado, en la interpretación de intelectuales, políticos, periodistas y, más escondida e ingenuamente, en la gente.

Sostendré que se funda en una concepción historicista, que conduce inevitablemente al relativismo y que niega la objetividad científica. Como en los medios académicos y en la literatura socialista o marxista de nuestro país (que en gran medida se confunden, al menos en un pasado reciente) se usó y abusó, en ruidosas controversias, del término "cientificista", me detendré en las variadas significaciones de su contenido.

1. La noción de “ideologismo”

Para clarificar el contenido de las argumentaciones que siguen, comenzaré por definir qué entiendo por “ideologismo”: es la posición epistemológica que considera inevitable la influencia de la “ideología”(1) en la *validez* -y no meramente en la *formulación* (2)- de cualquier sistema de hipótesis, sea cual fuere el ámbito de la realidad que considere. Es decir, es fundamental descubrir o filiar la ideología antes que reunir datos de la base empírica para estimar el grado de veracidad de una teoría. Las consecuencias de las que *no* son conscientes los adeptos de esta posición son claras:

1. Desestimar la práctica (de la teoría), la experiencia, la observación o la experimentación, concediéndoles un lugar secundario o totalmente irrelevante, en beneficio del sistema de valores (asumidos según un modelo axiológico simplista y sacralizados por un “humanitarismo” resueltamente politizado) del que sostiene el ideologismo. Aquí lo importante no es saber si la teoría es compatible o no con el comportamiento de la realidad, y en qué grado, más allá de nuestros deseos, sino descubrir si sus supuestos valores coinciden con los nuestros. Así se eleva al primer plano averiguar *quién* es el que afirma algo, y cuál es su lugar en la estructura social, en lugar de indagar *qué* dice y cuál es la correspondencia que guarda su teoría con la base empírica, con total independencia de los antecedentes existenciales (emocionales, valorativos) que constituyen inevitablemente su condicionamiento social, histórico y personal.

2. Sustituir la lucha de ideas pacífica, o la discusión, sobre la base de aceptar un árbitro neutral (los datos de la realidad, reunidos mediante la operación de métodos y técnicas compartidos y perfectibles, no perfectos) por la lucha política y el intento de aniquilar físicamente al rival mediante el ejercicio de la meta última, que es la toma del poder. Los herejes deben ser aplastados o intimidados, y para eso está la dictadura, con su censura total, sus paredones, sus campos de concentración y sus hospitales psiquiátricos.(3) Así se

construían, de consuno, la sociedad “sana” y el hombre “nuevo”. Este sueño demencial aparece recubierto, con ácida ironía, por la máscara de un “nuevo humanismo”, agitado a veces como bandera por algunos de sus candorosos partidarios.(4)

3.Rechazar, con el pretexto de que se hallan unidas a ideologías “reaccionarias” o “conservadoras”, ideas o sistemas de hipótesis contrarios a los que apoyan los ideologistas, con el propósito de aceptar acríticamente sus propias ideas (o ideologías). De esta manera, sus hipótesis e ideologías, por una presunta “reducción” al absurdo, se colocan a cubierto de cualquier turbadora contrariedad derivada del conocimiento empírico. En rigor, cualquier prueba extraída de la práctica, la experiencia o la experimentación (sin hablar de las argumentaciones relacionadas) es insuficiente para los ideologistas, dado que ellos cuentan con “la” ideología indudablemente “buena”. La asumen como un dogma y cualquier llamado a buscar su contrastación con la realidad es calificado de “cientificismo”, cuando es en los hechos la única praxis de la ciencia: comparar las previsiones de la teoría con el comportamiento de la realidad, en un proceso infinito y lleno de incertidumbre, para seleccionar, por eliminación, sistemas de hipótesis alternativas o en competencia.

4. Específicamente, el ideologismo llama la atención, sin arrojar claridad en sus complejos matices, sobre la idea evidente de que cualquier expresión teórica responde a “intereses” socialmente determinados, y que son estos intereses –que pueden ser “legítimas”(5) o no- los que confieren validez explicativa última a su teoría. Otra vez aparece el rasgo común que une a los más variados ideologistas: en lugar de que ella (la teoría) sea evaluada a través de un grado variable de correspondencia (mediante indicadores empíricos) con la realidad a la que trata de describir o explicar, es aceptada o desechada, en cambio, según sean los “intereses” a los que presumiblemente responde, como modelo expreso de la interpretación racional de esos intereses. Aquí lo fundamental es identificar las motivaciones “materiales” que presuntamente defiende la teoría. Se supone que estos intereses son aceptables sobre la base de la propia ideología (en este caso la teoría es considerada “correcta” o “verdadera”) o inaceptables (en cuyo caso es falsa o constituye una racionalización, es decir, una justificación que simula razones). Esta crucial decisión depende -para el ideologista- del grupo social o clases cuyos intereses se hayan elegido como criterio para definir lo aceptable o inaceptable. El criterio es inferido desde una concepción historicista; se considera que algunos grupos o clases son o llegan a ser (¡ay, el devenir!) esencialmente “progresistas” (aceptables) o retrógrados. Por lo tanto, para juzgar la validez de una teoría es suficiente preguntarse si está “a favor” o “en contra” de los intereses atribuidos a los grupos o clases considerados “progresistas” (debido al presunto fallo de la Historia tal como es interpretada por el ideologista). Si está a favor diremos que es cierta; si está en contra, deduciremos que es falsa. En esta perspectiva, el análisis de las *condiciones sociales* de la teoría sustituye al análisis de sus *referentes* empíricos. Por ende, no existe verdad (en el sentido de correspondencia con los hechos), ni objetividad científica (entendida como control intersubjetivo del conocimiento). Aceptar esta última sería “cientificista”.

La conclusión sería de un penoso relativismo epistemológico si no se asumiera un historicismo salvador que ofrece criterios para la decisiva estimación de lo “viejo” y de lo “nuevo”, de lo que va inexorablemente a perecer y lo que adviene para reemplazarlo. Esos

criterios permiten descubrir al grupo o clase que entraña el “futuro de la Historia” y que hace posible determinar el valor de la teoría.

Ésta es vista entonces en función, no de su correspondencia con la realidad y por ello de su practicidad real, sino de su *práctica política*, es decir, de su instrumentalidad social para movilizar instituciones y grupos, con absoluta prescindencia de su contenido de verdad. Los mitos más absurdos pueden ser difundidos así con asombroso éxito político. El ideologista confunde la instrumentalidad política de una teoría con la verdad, que conduce a la práctica exitosa del conocimiento (a veces en el largo plazo) pero no necesariamente al éxito en la práctica política inmediata.

Debido a esta confusión, el transitado éxito político de una ideología es a sus ojos la prueba irrefutable de la verdad de la “teoría” que actúa como sustento. No advierte que la falsedad, precisamente, puede ser el constituyente esencial de su atractivo, y por consiguiente de un triunfo político. La verdad es, por el contrario (al menos en la mayoría de los casos), un gran estorbo político, porque es indiferente a las ilusiones que mueven a los seres humanos, si bien ellas no son el único componente que dinamiza su acción. En el éxito político se prueba entonces la validez (como conocimiento) de la teoría que describe o explica los *usos* de las teorías (o ideologías) utilizadas *como instrumentos* políticos, pero no la validez (o contenido de verdad) de esos instrumentos *como teorías*.

Estas consideraciones no implican aceptar ninguna variedad de irracionalismo, sino una racionalidad (no racionalismo) que incorporará la dimensión irracional, arracional, o que persigue metas erradas o ilusorias, a la interpretación del comportamiento humano y en especial de la conducta política.

2. Ideologismo, historicismo y objetividad científica

Se hace patente que el desplazamiento constitutivo del ideologismo (pasar de recoger o buscar los referentes empíricos de la teoría a la consideración, en cambio, de sus condicionamientos sociales) es epistemológicamente espurio. Significa caer en la falacia *ad-hominem*. Los condicionamientos –de cualquier tipo que sean– no dicen nada acerca de la verdad o falsedad de la teoría, aun en el supuesto de que pudieran detectarse clases o grupos “progresistas” o “retrógrados” mediante el procedimiento, candorosamente interpretado como sencillo, que consiste en colocarse a favor de los “intereses” que porta el grupo o clase que preanuncia –presumiblemente– lo que vendrá.

En síntesis, si desmontáramos el ideologismo encontraríamos los siguientes pasos:

1. Observar la historia *como un todo* para descubrir sus etapas e individualizar las clases o grupos más significativos de su transformación *evolutiva*. (Aquí reposa la “totalidad” que exigen los marxistas con el fin de tomarla como objeto [o criterio] capaz de dar una medida para evaluar los aspectos parciales o coyunturales.)

2. Hallar el “sentido de la historia” para determinar qué clase o grupo encarna el impulso hacia la etapa siguiente, de modo que implique una “superación” de la etapa actual (aquí radica el carácter “progresista” o “dialéctico” de esa clase o grupo).

3. Esa determinación exige detectar intereses divergentes y contrapuestos de clases y grupos. Hay que distinguir qué intereses son irreconciliables con las condiciones de la etapa actual, de manera que, además, lleven inexorablemente a su “superación”. Esos intereses están unidos a la supervivencia de una clase o grupo, y, por lo tanto, nos permiten identificar al protagonista que anuncia el porvenir. Éste encarna la etapa “superior”.

4. Desde los intereses de esa clase o grupo juzgamos las teorías: las que ayudan a la clase o grupo del futuro son progresistas, aceptables y, por ende, verdaderas. Las demás son exactamente lo contrario. Este rasgo es el que introduce en la ciencia teórica y en la epistemología una definitiva tendencia política. De allí surge la insistencia del ideologista en que la política no puede separarse de la teorización (sea científica, filosófica, estética), y de que *todo análisis es necesariamente ideológico*. La política es sin duda una práctica y por eso es -para los ideologistas- inseparable de la teoría. Esto es lo que quieren decir cuando con oscuridad esotérica -como practicantes de un culto que no conocen bien- afirman ser los orgullosos campeones de la “práctica teórica”. Si por esa puerta entra la política, por allí pasan también los valores, y ellos tampoco son, entonces, independientes de la teoría. No son esos valores, sin embargo -dice el ideologista-, estrictamente morales, descubiertos o creados azarosamente por los hombres en sus incesantes intercambios, sino relativos al proceso histórico y extraídos del estudio de las etapas de la historia (la concepción historicista). No son los seres humanos, sino el “sentido de la Historia” el que hace posible discernir qué valores hay que elegir. Los que eligen bien se ubican en el torrente de la Historia; los que lo hacen mal van contra la “rueda de la Historia”.

Pero ¿por qué la teoría que (¡según parece!) defiende los Intereses del “progreso” habría de ser -debido justamente a esa circunstancia- necesariamente “correcta” o “verdadera”? Aunque esos intereses existieran, ¿por qué no podría ocurrir que fuera falsa, llevando a sus azorados sostenedores a la derrota, o a establecer situaciones sociales exactamente contrarias a las deseadas, conduciéndolos a la ruptura del progreso? ¿Por qué no podría ser que la realidad (natural o social) se comportara, en todo o en parte, como dicen los “retrógrados”?

En suma, no hay forma de escapar a la práctica (por la necesaria tecnologización de la teoría), a la experiencia, la experimentación o la mera observación, para poner a prueba el pensamiento y juzgar la validez de una teoría. El escrutinio de los condicionamientos sociales es irrelevante, aunque útil para explicar su posible origen. Si, además, cualquier forma de historicismo resulta insostenible, no existe manera de identificar la clase o grupo “progresista”, ni de evitar, en el área epistemológica, un relativismo radical.

El ideologismo se debate en estas confusiones. No puede explicar el acceso al conocimiento científico aunque pretende hacerlo; rechaza la objetividad y no puede dejar de usarla, según podrá verse en la ejemplificación que ofreceré; recela de la verdad, y, al mismo tiempo, la reclama. Vive en un océano de contradicciones, señal inequívoca de que no tiene razón.

En lo que sigue intentaré mostrar algunas insistencias muy Características del ideologismo, repetidas innumerables veces en artículos, libros y reuniones académicas. En algunos de los textos, el ideologismo intenta actuar como marco teórico en la explicación del proceso histórico de la sociología argentina. Por eso constituirá la médula de los comentarios. Hay libros que alcanzan el supremo valor del paradigma al convertirse en expresión de los mitos, inconsistencias y lugares comunes -utilizados a veces en forma conscientemente demagógica- de vastos sectores intelectuales, acaso mayoritarios.

3. Sobre cientificismo

Como el ideologismo sostiene que la ideología lo penetra todo, tiene que concluir que hay ideologías buenas (aquellas, casualmente, que promueven el ideologismo) y malas. El hecho de sostener que hay algo indiferente o más allá de la ideología implica para el ideologista una ideología despreciable. No se puede sostener, por ejemplo, que la ciencia, a través de la objetividad, es aideológica. Más aun: se afirma que no hay posibilidad de ser objetivo o, más temerosamente -cuando se intuya la magnitud de las dificultades-, que la objetividad tiene límites. Afirmar lo contrario es ser “cientificista” y apoyar concepciones “reaccionarias” que presumen de científicas. Por lo tanto, antes de entrar en el templo de la ciencia hay que vestir los hábitos sagrados de una ideología “buena”, que es inevitablemente, por azar, “la” ideología que nos propone el ideologista.

Como en estos casos se usa continuamente, con ánimo descalificatorio, el término “cientificista”, trataré de analizar sus acepciones corrientes e identificar aquellas que son del vocabulario ideologista.

1. Puede significar que el único tipo de conocimiento posible es el científico. Esta concepción no advierte la existencia de otros accesos al conocimiento que no sean los controlados y estimados mediante técnicas y métodos compartidos. Cuando se usa en este sentido, el término “cientificista” tiene una connotación peyorativa a mi juicio legítima.

2. Puede querer decir que la ciencia es independiente de la filosofía, al punto, en su posición extrema, de afirmar que la reemplaza o es incompatible con ella. Aquí no se comprende que todas las ciencias, desprendidas en su momento de la reflexión filosófica, giran alrededor de ella y dependen, en sus fundamentos, del análisis filosófico. También en este caso, el uso peyorativo del término “cientificista” es legítimo.

3. Puede afirmar o sugerir que la ciencia es “conocimiento verdadero”. Los científicos presumen siempre, por el contrario, que las teorías científicas encierran falsedad. Por eso las consideran provisorias y las someten continuamente a prueba. Lo que no saben es cuándo y dónde está la falsedad. Para eso investigan constantemente aplicando el método científico, también provisorio, pero perfectible. La idea de que la ciencia es conocimiento verdadero se une a la que afirma que es, además, exacto, o que confiere certeza. El conocimiento científico sólo proporciona *grados* de exactitud o certeza, sin alcanzarlas jamás. Aquí el término “cientificista” debe ser usado peyorativamente.

4. Puede significar que se introduce el método científico en un área de la realidad librada hasta entonces a la filosofía o el ensayismo (lo que no supone sustituir esas formas de indagación sino complementarlas). Esto es precisamente lo que hizo Gino Germani con la sociología en la Argentina. Incorporó problemas y temas, de alcance teórico o teórico-práctico, en su mayor parte referidos a nuestro país y a Latinoamérica, a una metodología específicamente sociológica que utilizaba las últimas técnicas en la investigación de la disciplina. Calificar, por ejemplo, como hacen los ideólogos, a Gino Germani de científico, atribuyendo al término una clara connotación peyorativa, es más que abusivo(6). En ese sentido, todos los científicos son “científicos”. Elevar una disciplina al nivel que la teoría y la metodología han alcanzado en el mundo constituye una tarea ímproba y un progreso científico indudable, lo que no obsta para que el ensayo o la reflexión filosófica sigan ejercitándose tanto o más que antes (seguramente más).

5. Puede aplicarse a aquellos que creen en la objetividad. También en ese caso el término es peyorativo y en este sentido es esgrimido por los ideólogos. Ellos no reparan en que aspiran a la objetividad. Cuando algunos se dan cuenta, no atacan entonces la neutralidad de la objetividad, sino aquella que afirma ser neutral. La objetividad “buena” es aquella que induce la ideología “adecuada”, y se halla por lo tanto comprometida con su posición política determinada, que es la suya. Por eso no puede ser neutral. La ideología es anterior a cualquier consideración. Ella misma no puede ser discutida, ni los ideólogos prevén alguna manera de hacerlo. Para permitirlo, deberían arrojar dudas sobre ella y admitir algún parámetro neutral al que todos podríamos recurrir para estimar el valor de la ideología. Pero esto sería admitir el carácter neutral de la objetividad, es decir, alguna forma de ejercer un control intersubjetivo sobre las afirmaciones en discusión. De modo que esta vía de autocontrol le está vedada al ideólogo. El dogmatismo y el fanatismo son los únicos caminos expeditos para no contradecirse. La objetividad como neutral le es inadmisibles. Debe tacharla de “científico”.

6. El término “científico” puede ser utilizado, en este caso muy legítimamente, para designar a aquellos que conciben la ciencia como poseedora de valores éticos intrínsecos. Cuando se explica esa calificación subyace la idea de que la ciencia *no* incluye valores morales. Esto quiere decir que, en la práctica científica, los valores que la orientan son externos a ella. Por lo tanto, la calificación de “científico” tiene una connotación peyorativa, legítima en este caso. La idea de que la ciencia contiene en sí misma valores morales entraña una extralimitación insostenible. En ella se fundamenta la fe que convierte a la ciencia en una especie de religión secular. Este sentimiento exaltado hacia la actividad científica tiene su base en el hecho indubitable de que la ciencia “avanza” (“progresa”) y de que todo “avance” está moralmente justificado porque conduce inevitablemente a una vida o sociedad “mejor”. No advierte que este sesgo evolucionista e inmanente elude considerar los usos, *éticos o no*, que se hace o puede hacer de la ciencia y la tecnología. Precisamente porque no ve que los valores son externos a ellas. Sólo adoptando las opciones que ofrecen tablas de valores alternativas, la ciencia y la tecnología adquieren determinada direccionalidad.

4. Contradicción del ideologismo con su matriz histórica

Es a través del marxismo que los ideólogos pretenden difundir El imperialismo ideológico -especialmente el suyo- y atacar la idea de objetividad. Por eso en el curso de los comentarios que haré tomaré como comentario ejemplificador el abundante material que ofrecen los ideólogos marxistas, entre ellos, los que tratan temas de la Argentina y especialmente de la sociología de ese país.

Hay que recordar, sin embargo, con el mayor de los énfasis, que ni Engels ni Marx practicaron el ideologismo. No obstante la vaguedad de sus formulaciones, y los variados usos que hicieron del término “ideología”, no pensaron jamás que la objetividad sería cuestionada, y menos en su nombre. Fueron ejemplos notables, por el contrario, de lo que el ideólogo actual denomina “cientificista”.

En el prólogo de *El Capital*, Marx despeja cualquier duda: “En el campo de la economía política, la libre investigación científica encuentra muchos más enemigos que en todos los otros campos. La naturaleza peculiar del asunto que trata llama contra ella al campo de batalla a las más violentas, mezquinas y rencorosas pasiones del corazón humano, las furias del interés privado”(7). Y agrega al final: “Acogeré con agrado toda crítica científica. Respecto de los prejuicios de la llamada opinión pública, a la que nunca he hecho concesiones, mi divisa será, como siempre, la del gran florentino: *Segui il tuo corso, e lascia dir la genti!*”(8). Marx cree entonces en la necesidad de la “libre investigación científica”, que percibe lamentablemente amenazada por el “interés privado”. No previó que ella se seguiría ampliando, y haciendo posibles maravillas teóricas y logros técnicos asombrosos, en todos los campos del saber, inclusive en aquellos donde se refutarían sus hipótesis. Es precisamente en los países que convirtieron su doctrina en obligatoria donde la “libre investigación científica” no existía. En el prólogo a la segunda edición alemana, Marx parece registrar lo que son actualmente los criterios del ideólogo o los del censor que trabaja para la burocracia socialista: “Ella [la lucha de clases] dio toque de difuntos por la economía científica burguesa. Ya no se trató de si este o aquel teorema era verdadero, sino si era útil o perjudicial, cómodo o incómodo para el capital, agradable o no a la policía. Al estudio desinteresado reemplazó la fanfarronada pagada; a la libre investigación científica, mala conciencia y perversa intención de la apología”.(9)

Aquí es patente que Marx cree en la existencia del “estudio desinteresado” y en la búsqueda de la verdad como meta suprema del conocimiento, independientemente de lo útil o perjudicial. El ideólogo, en cambio, no se interesa por la verdad: le preocupa determinar la utilidad de las ideas, medida por la correspondencia o no con la ideología que él propone. Cuando esa correspondencia no existe, sanciona como perjudiciales las ideas examinadas y practica la “perversa apología” de su propia postura política. La intención no es discutir con el aporte de hechos atinentes a las hipótesis consideradas, sino hacer propaganda con el obvio propósito de mover voluntades y encaminarlas a la acción política. Por eso subraya constantemente la preeminencia de lo político sobre cualquier otra consideración.

Markiewicz-Lagneau recuerda una expresiva carta de Engels a Lafargue: “Marx habría protestado contra el ideal social y político que usted le atribuye. Un hombre de ciencia no tiene ideal; establece proposiciones científicas; además, un hombre de partido lucha por aplicar estas proposiciones en la vida. Cuando se tiene un ideal no se puede ser hombre de ciencia; puesto que se *juza a priori* sobre la postura que hay que tomar”. Comenta

Markiewicz-Lagneau: “Y en efecto vemos cómo Marx suprime del Programa de Gotha una frase sobre ‘el reparto justo’, ya que según él la ‘justicia’ como modo y medida de las relaciones económicas no es un concepto científico”.(10)

Lo que sostiene Engels, y que atribuye correctamente a Marx, es exactamente contradictorio con la posición epistemológica del ideologista, cuando éste pretende ser marxista. La ciencia y su práctica, en el pensamiento de Marx y Engels, son completamente neutrales respecto de la ideología. Ellos concebían a ésta como una deformación, como una imagen invertida de la realidad. La ciencia, a la inversa, ve la “verdadera” realidad o la “refleja”. A un siglo de distancia, esta concepción parece en general insuficiente e ingenua. Pero, más allá de esta salvedad, conserva el principio de la intersubjetividad del conocimiento científico como criterio cardinal: la ciencia no queda cautiva en la privacidad de sus creadores, sino que tiene un carácter público y radicalmente democrático. Es pública porque aspira a contener un conocimiento que se exige a sí mismo ser corroborado públicamente mediante procedimientos accesibles a todos. Es democrática porque cualquiera de sus sistemas de hipótesis puede ser examinado y cuestionado por cualquiera, con independencia total de sus títulos o de su autoridad. Lo único que interesa es la consistencia lógica de sus argumentaciones y los apoyos empíricos que ofrezca para justificarlas.

En una carta dirigida a Engels el 9 de diciembre de 1861, Marx estalla en este lapidario pensamiento sobre el libro de Lassalle *El sistema de los derechos adquiridos*: “La ideologización lo invade todo y el método dialéctico está *falsamente* aplicado”(11) Además de enterarnos de que el misterioso método dialéctico ya se aplicaba mal en aquella época, y no sólo ahora, cuando las innumerables sectas marxistas se acusan mutuamente de ignorar su uso correcto, la cita registra el rechazo terminante de Marx de todo intento por reemplazar o cubrir la ciencia con la ideología. Y ningún condicionamiento social limita la posibilidad de acceder a la ardua verdad, como lo asegura expresa y terminantemente Karl Kautsky y lo suscribe Lenin: “El movimiento socialista contemporáneo sólo puede nacer sobre la base de profundos conocimientos científicos [...]. El portador de esa ciencia no es el proletariado, sino la *intelligentsia* burguesa; el socialismo contemporáneo ha nacido en el pensamiento de determinados miembros de esa clase”(12) Este explícito reconocimiento por parte de dos prominentes marxistas viola una hipótesis fundamental del marxismo: que el ser social (entendido como la pertenencia de clase) determina la conciencia (los miembros de la clase “se dan cuenta”) de su “misión”, o lugar en el “proceso histórico”.

Es decir: la conciencia burguesa crea los *contenidos* de la conciencia proletaria que después habrá que introducir en la clase obrera, en lugar de elaborar ésta misma la conciencia correspondiente a su situación de clase. Abandonemos el tema de la incongruencia que muestra este hecho con los presupuestos asumidos explícitamente por la teoría; vayamos a la detección de otro rasgo: se reconoce que la verdad (la correspondencia de las ideas con la realidad a que se refieren) es independiente de la inserción de clase y de la ideología que ella puede originar. Por eso Lenin hizo una afirmación que sorprenderá a los ideologistas, pero que es coherente con mi interpretación: “[...] tenemos que aplicar mucho de lo que hay de científico y progresivo en el sistema de Taylor [...]”(13) ¡Hasta un presunto promotor de la “explotación” sistemática tiene “mucho” de progresista y hay que aprender de él lo que tiene de “científico”! Mucho antes, también el “ultrarreaccionario” Hegel había creado instrumentos teóricos indispensables -según Marx y Engels y los propios ideologistas- para

el combate por la liberación del proletariado. En síntesis, la ideología “reaccionaria” no le impidió hacer ciencia, porque ésta es aideológica. Trotsky creía lo mismo cuando afirmaba: “El carácter científico del pensamiento consiste en su armonía con el proceso objetivo y en su capacidad para influirlo y dirigirlo”.(14)

Es indudable entonces que los fundadores del marxismo, y revolucionarios marxistas absolutamente insospechables de “reaccionarismo”, aunque lamentablemente de origen burgués, creían -no obstante la ingenuidad de sus propuestas- en que la ciencia es aideológica y practica la objetividad.

No hay duda tampoco de que las “ideologías”, los valores, los mitos o las fantasías aparentemente más descabelladas, cargadas de emocionalidad, intervienen en el proceso previo a la elaboración de las hipótesis o teorías. Pero cualquiera que sea la calidad de esas incitaciones, que motivan toda acción (y no sólo la científica), la validez, como conocimiento, de la teoría permanece indeterminada hasta tanto se recojan los testimonios empíricos adecuados para su contrastación. El hecho de que ésta nunca pueda ser terminante, y que ofrezca grados altos o bajos, tanto de confirmación como de disconfirmación, haciendo inevitable la incertidumbre, no afecta la existencia de la verdad ni de la objetividad. Que no podamos alcanzar la certeza, o que no sepamos que estamos en lo cierto, sólo subraya nuestras limitaciones radicales para penetrar hasta el fondo de la realidad, pero no indica que la verdad no exista, ni que no la alcancemos, o nos acerquemos a ella.

En el proceso de contrastación, aquel en el que comparamos la teoría con la realidad, utilizamos técnicas y métodos necesariamente imperfectos, aunque perfectibles, que constituyen nuestros criterios de verdad. Es decir, la verdad es estimada mediante procedimientos que mejoran constantemente, a pesar de que nunca erradicarán la incertidumbre. En la medida en que esos procedimientos (telescopio, microscopio, tablas estadísticas, análisis clínicos, radiografías, experimentos, entre otros) son cada vez mejores, la contrastación se afina, y el control de hipótesis más interesantes y complejas permite seleccionar teorías cada vez más vastas y ricas en sus implicancias. En esta aventura infinita, el concepto de verdad (no los criterios de verdad, que son aproximaciones perfeccionadas) actúa como una estrella fija. Es ella la que guía las constantes correcciones que surgen de las sucesivas contrastaciones.

Por su parte, los métodos y técnicas (los criterios de verdad) permiten el control intersubjetivo de las teorías y expresan el carácter indudablemente público y democrático del conocimiento científico. La “iluminación” o genialidad en el hallazgo de un sistema de hipótesis opera en el proceso psicológico, independientemente de la contrastación. Pero una vez que ésta se torna necesaria y se realiza (mediante la observación, la práctica o la experimentación), el examen de los elementos discernibles que gravitan en el mundo subjetivo se hace totalmente irrelevante a los efectos de estimar la validez científica de la teoría, o su grado de correspondencia con la realidad.

(1) Este término tiene en el uso académico múltiples acepciones. La mayoría de los empeñosos usuarios lo utilizan sin explicitarlas, porque no son conscientes del problema. Pasan de una significación a otra, ampliando alegremente la ya extensa gama de confusiones que se originan en los temas a los que se aplica. Otros aventuran a veces una definición, que no comprende ninguna de las acepciones corrientes, con lo que, sin proponérselo, eluden los asuntos que procuran esclarecer y que están relacionados precisamente –según su enfoque– con la “ideología”.

(2) Aceptadas algunas de las connotaciones habituales, es admisible pensar que la “ideología” interviene en el oscuro tránsito que conduce al descubrimiento o invención de la hipótesis o la teoría, y aun que aparecen algunos elementos (conceptos o hipótesis) de su formulación, sin conexión lógica -aunque sí emocional- con la teoría misma. Pero esto no implica acordar que, positiva o negativamente, afecta su *valor de verdad* en algún sentido. Éste se mide por la correspondencia de la teoría respecto de la realidad a que ella hace referencia, con independencia de la ideología en la que presuntamente se originó. Aquí reposa la argumentación básica que no entiende el ideologista.

(3) Como es típico en las experiencias socialistas y nacional-socialista.

(4) El ejemplo máximo de ingenuidad en este sentido es Erich Fromm.

(5) Son “legítimos” si ellos se ubican en la ideología que sustenta el ideologista; de lo contrario, son “reaccionarios”. El ideologista no entrevé la posibilidad de que su propia concepción sea “reaccionaria”. Este hecho crucial escapa a su meditación.

(6) Lo que no implica desestimar críticas a sus trabajos.

(7) Karl Marx, *El capital*, Ed. Biblioteca, Nueva, Buenos Aires, 1946, p. 11.

(8) *Ibíd.*, p.12.

(9) *Ibíd.*, p. 14. Ésta es una excelente descripción de lo que pasó en los países socialistas, especialmente en el área de las humanidades.

(10) Janina Markiewicz-Lagneau, *Estratificación y movilidad social en los países socialistas*, Siglo XXI, Madrid, 1971, p. 22.

(11) Marx-Engels, *Correspondencia*, Ed. Problemas, Buenos Aires, 1947, p. 147.

(12) Karl Kautsky, en “Neue Zeit” (nuevos tiempos), citado por V. I. Lenin en “¿Qué hacer”, *Obras completas*, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1959, tomo V, p. 391. Véase también, en el mismo texto, pp. 382-383.

(13) Citado por Carr, *La revolución bolchevique*, Alianza Editorial, Madrid, 1973, tomo II, p. 123.

(14) León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*, Ed. Tilcara, Buenos Aires, 1982, tomo I, p. 185.